

ña para el niño la ausencia de higiene y de cuidados.

Se repite a diario que la vida urbana es, generalmente, perjudicial para la salud, es necesario pues, tomar las medidas que permitan a los alumnos la vida al aire libre y con ella la protección de su salud.

En todo niño de origen sospechoso de tuberculosis, de cuti reacción positiva, de ganglios torácicos, de estado general deficiente, la *educación ideal* no puede concebirse más que lejos de los centros urbanos. Efectivamente, el surmenaje, — agotamiento — escolar de la ciudad, en los niños en pleno crecimiento, puede ser factor de explosiones tuberculosas, que evitarán a menudo el estudio y la educación en las escuelas al aire libre.

Es moneda corriente encontrar niños que, escolarmente «ineducables» en la ciudad, toman impulso intelectual y moral a pleno aire de la montaña o del campo.

*La residencia urbana*, no es solamente desfavorable a los niños llamados «pretuberculosos», porque muchos otros según hacen observar distintos pediatras se califican de «inadaptados urbanos». Son aquellos que presentan trastornos de lo que se llama pequeño hepatismo y marcan su intolerancia por alteraciones ligadas a la alimentación (le caen mal los huevos, leche, el cacao, etc.) que se traducen por vó-

mitos, cólicos, erupciones, presencia de albúmina y azúcar en la orina, crisis de asma, etc. La mayoría de ellos, más pronto o más tarde, ven ceder estos trastornos, luego de su estancia en el monte, el campo o la mar.

Y la vuelta a la ciudad despierta de nuevo las molestias.

Tales «inadaptados urbanos» son frecuentemente niños nerviosos, agitados, distraídos en clase. De entre ellos se reclutan los ansiosos, los que padecen terrores nocturnos. Sus trastornos se aumentan, con frecuencia, por las variaciones meteorológicas, tal por ejemplo la acción del levante, de tan definida influencia en los pueblos costeros del estrecho de Gibraltar, ribera gaditana, etc. que un investigador francés — en vez de nosotros — estudio meticulosamente en Tánger.

Estos «inadaptados», estos inestables, hacen, y se concibe, difícil la tarea a los educadores «urbanos»; con frecuencia su educación se facilita cuando la desintoxicación que determinan la gran aireación y la amplia insolación del campo, los ha estabilizado y calmado.

En muchos países, luego de un reconocimiento general practicado al comienzo del año escolar, se separan de los alumnos normales, los que descubren taras físicas e intelectuales marcadas, y, cuyo